

siente la realidad, que luego trata de transformar en obra de arte; Schiller, siente y procura dar vida y cuerpo á sus sentimientos. Goethe es artista práctico y plástico; Schiller vive en esferas ideales, Goethe en la realidad. En las obras de ambos se encuentran depositados y cultivados los gérmenes de las ideas grandes que en su tiempo fermentaban turbulentas en la conciencia de los alemanes, el afán de saber, de dignidad, de moralidad y de libertad.»

Si se recuerda lo que más arriba hemos dicho



guardémonos muy mucho de colocar á una y otra parte al frente del movimiento nacional alemán. Goethe en su *Herman y Dorothea* se limitó á manifestar cuán grande había sido su desilusión, pero no entona el canto de guerra; Schiller hizo más, enseñó con su *Guillermo Tell* como los pueblos recobran su libertad perdida. Desde este momento Goethe y Schiller merecieron el honor de ser representados juntos, como en el grupo escultórico de Weimar, como fundadores de la patria alemana. Pero los alemanes de nuestros días, los bismarckianos saben distinguir: «Como en sus estatuas de bronce de Weimar, dice Scherr en su *Germania*, están los dos grandes amigos inseparablemente unidos en la historia del país, representando entrambos, cada uno á su manera, el hombre perfectamente libre, la per-

sobre las relaciones de Goethe con Napoleon, se comprenderá que Goethe lo mismo que Schiller si querían llegar al arte alemán puro, era por caminos muy diferentes de aquellos por los que empujaban los filósofos y los poetas políticos como Herder y Kleist. Si Goethe llegó á escribir: «Alemanes; en vano esperáis desarrollarlos como nación; en cambio podéis desenvolveros, sed hombres libres.» Schiller escribió: «¿Alemania? ¿Pero en dónde está? ¿No acierto á encontrar este país?» Por consiguiente,

sona completamente emancipado de toda preocupación teológica,—Goethe no quiere ser más que el artista libre y como tal consideraba de su incumbencia convertir en obras de arte todo lo que el pasado y el presente poseyeran en recuerdos dulces y dolorosos, en vigor y pasión, en conocimientos y aspiraciones,—Schiller, en cambio, consideraba la belleza ó, lo que para el era lo mismo, la cultura humana universal, como escuela de libertad, así subiéndolo del arte al Estado, del artista al ciudadano, señaló vigorosamente los fines del porvenir.»

El porvenir pudo señalarlo Schiller, pero fueron los filósofos los que lo realizaron.

Cuando en Alemania se creía que el más liberal y republicano de sus hijos era Herder que había saludado con caluroso canto la entrada de las tropas

francesas en Maguncia; cuando Goethe y Fichte y otros grandes genios eran tenidos por revolucionarios decididos; el gran revolucionario, ya no de Alemania sino del mundo entero, hacia la revolución tranquilamente en su cátedra de filosofía de Koenigsberg, de modo que Prusia nos resulta tan simpática en los días de Kant, como antipática en los días de Bismarck.

Las grandes obras de Manuel Kant, la *Crítica de*

la razón pura, la *Crítica de la razón práctica*, la *Crítica del juicio*, publicáronse respectivamente en los años 1781 y 1785; á estas obras siguió el *Sistema del idealismo crítico*, en la cual como esforzado titán, «asaltó Kant,—dice Scherr,—el Olimpo cristiano, invirtiendo radicalmente la filosofía que había prevalecido hasta entonces, declarando que nuestro mundo era su propio fin y que la idea de Dios no tenía otro valor que el de suple faltas para resolver



FICHTE

las contradicciones, es decir, que Dios era una exigencia de la razón práctica, un algo, cuya existencia era imposible demostrar teóricamente.

»Llevando la resolución de los problemas más altos de la despreocupación á la esfera científica más rigurosa, Kant comprendió que había de comenzar de nuevo el proceso cogitativo, es decir, que debía remontarse á las fuentes mismas de nuestro entendimiento para conseguir con su profundización la posibilidad de hacer el reino del saber completamente independiente del material de la llamada fe revelada.

»Dió el examen de los últimos fundamentos de los conocimientos humanos, por resultado, el que no era la observación la fuente de lo general y fundamental, sino la subjetividad humana, el «yo» consciente. Este yo forma en la filosofía de Kant el cen-

tro inmediato del que dependen las cosas como objetivaciones del yo reconecedor.

»Luego concluyó de la incapacidad de la facultad intuitiva de conocer la naturaleza esencial de las cosas, que no era mas que un andar á tientas en la oscuridad, si de los límites del mundo de los fenómenos nos remontamos á lo metafísico y que por lo tanto nuestras ideas de un supuesto mundo metafísico no eran mas que fantasmagorías, afirmaciones arbitrarias, cuya no existencia era tan fácil ó tan difícil de demostrar como su existencia, pues se trataba de dos cosas, de las que no se sabía ni se podía saber absolutamente nada. Esto era precisamente la toma y destrucción del Olimpo cristiano realizada por Kant en su *Crítica de la razón pura*.

»Pero al contemplar luego el gran pensador, desde la región glacial de su inexorable lógica, á sus



pobres y flacos prójimos coetáneos, sintióse conmovido de un enternecimiento humano y por esto permitió, encogiéndose de hombros, á la «razón práctica», que afirmara otra vez lo que la «razón pura» negaba, pues la razón práctica no queda satisfecha con la indicada argumentación de la pura, puesto que aspira á determinar la voluntad humana en el obrar.

»Mas la tarea de la voluntad consiste en la realización de la suprema ley moral, que dice: «Obrar siempre según principios que sean capaces de ser leyes generales;» y la obligación universal de esta ley moral se manifiesta como «imperativo categórico», esto es, en forma de un mandamiento absoluto. Sometiendo nuestros impulsos é instintos egoístas al deber mandado por el imperativo categórico, y que debe cumplirse por el solo hecho de ser tal deber, somos virtuosos. Pero para ofrecer á la virtud un equivalente correspondiente, es prácticamente razonable restablecer lo eliminado por la razón pura, la idea de Dios y la creencia en la inmortalidad.

»Vese, pues, que el pensamiento revolucionario del sabio de Koenigsberg dejó caer las alas cuando se trató de sacar las consecuencias prácticas de su sistema; mas á pesar de esto, la filosofía de Kant ha sido el fundamento granítico del desarrollo ulterior de la ciencia y arte alemanes, hasta de toda su civilización. Esta filosofía encierra una fuerza y potencia moral sin igual; en todo lo bueno y lo mejor que ha hecho el pueblo alemán desde entonces, se nota un soplo del espíritu de Kant. Todos los filósofos posteriores están sobre los hombros de ese gigante, y los que creían posible prescindir de este sostén ó hasta intentaban derribarlo, en vez de filósofos no han sido mas que sofistas.»

Kant, añade Leixner, «como tantos otros patriotas suyos había saludado con alegría el principio del movimiento revolucionario en Francia, porque le parecía que iba á realizar lo que él había reconocido como verdadero y justo, á saber la libertad del individuo dentro de las leyes racionales. No cambió tampoco de parecer cuando la revolución degeneró en sangrientas luchas de partido, porque el abuso de la libertad en casos aislados no prueba la ilegalidad de la idea de libertad. Kant pedía libertad é igualdad; la primera hasta donde lo permite el respeto á derechos de tercero, y unido á los deberes que impone la colectividad en que vive, constituía legalmente; y la igualdad en las aspiraciones, que permite á cada individuo el acceso á todo empleo para el cual reuna las aptitudes necesarias. Los dos

despotismos, el civil y el eclesiástico, debían ir reduciéndose por una ilustración gradual, prudente y constante, y esta exigía la libertad de la prensa y la organización de gobiernos constitucionales representativos. Entonces decía Kant, será posible que los pueblos vayan reconociéndose como otros tantos grupos de la gran familia humana, y arreglarán sus asuntos internacionales en paz por medio de congresos.»

Kant, pues, era más bien el filósofo del porvenir que el del presente, por esto tardó en dejarse sentir la acción directa de Kant, si bien desde luégo se sintió su influencia inmediata por medio de Fichte, —1762-1814,— que sale de su escuela.

Fichte partiendo del yo de Kant cuya absoluta libertad demostró teóricamente, pretendió en su *Teoría de la ciencia* crear un mundo á su imagen, pero este mundo en la realidad práctica encontraba las dificultades en que fué á estrellarse el idealismo humanitario de los filósofos franceses. Y como á esto se unía el que Fichte fué siempre un patriota, un político militante, tan pronto comprendió el gran pensador que sus teorías no conducían á ninguna solución práctica, porque Fichte como Kant, buscaba también en la filosofía las soluciones prácticas inmediatas, y de aquí la causa de los errores de uno y otro, fué modificando y corrigiendo su sistema como lo hizo Kant, esto es, reemplazando su yo absolutamente libre por Dios, y el no yo, es decir, la oposición, por el mundo, con cuyos cambios su *Teoría de la ciencia*, se transformó en *Instrucción para la vida beata*.—1806.

Pero Fichte, como recuerda Scherr, «merece un puesto honorífico, prominente en la historia de su patria como adalid intrépido y perseverante de la libertad de pensar y hablar, acentuando enérgicamente como ningún otro docto alemán antes de él, la relación directa de la ciencia libre con el Estado libre. También fué un patriota tan perspicaz como valeroso, y como tal hizo el mejor trabajo de su vida, pronunciando en el invierno de 1807 á 1808 en las Aulas de la Academia de Berlín, sus *Discursos á la nación alemana*...» «En tal momento emprendió el impávido pensador la tarea de realzar á los como aplastados espíritus, inspirando nueva esperanza en los ánimos afligidos y enseñando la senda del porvenir á una nación quedada en zaga del progreso por culpa de sus clases dominantes y por esto vencida ignominiosamente por Napoleon I. El tiempo antiguo murió, apresurémonos á enterrarlo. El nuevo nació, vive, pero es preciso educarlo. ¿Cómo se logra esto? mediante una completa refundición de

nuestro modo de sentir, mediante una renovación total del espíritu popular en todas las clases. ¿Y cómo se lleva á cabo esta refundición, esta renovación? Mediante una educación nacional intensa y extensa, que debe efectuarse con la energía moral más perseverante. Estos son los pensamientos fundamentales de Fichte que sentó y explicó en sus célebres discursos citados que influyeron por lo menos en la parte mejor de la misma. Sin dejarse extraviar ni amedrentar por el *tam tam* de los tambores franceses que recorrían las calles de Berlín, el inspirado orador mostró al pueblo prusiano, al pueblo alemán el camino que debían seguir para arrojar de Alemania á los soberbios conquistadores.»

Menos kantiano fué F. G. J. Schelling natural de Loemberg,—1775-1854,—quien ofreció por anticipado el mismo fenómeno que Rossini, esto es, el que pudieran vivir, después de un gran período de actividad intelectual, más de treinta años sin tomar la pluma, estimándose ya como muertos en medio de la sociedad que continuaba removiendo sus ideas. Schelling procede de Fichte y hasta cierto punto completa las teorías filosóficas de éste, pues así como Fichte sólo reconocía en el yo individual, el universo, el mundo, Schelling lo reconoce también, en ese mismo mundo, en la naturaleza entera, en la viva como en la muerta, según medida, grado y desarrollo. Las leyes, pues, de la naturaleza eran idénticas á las del espíritu y por consiguiente la naturaleza crea todas las cosas en su propio seno no llegando á su cumplimiento y perfección más que en el individuo. Pero Schelling no pudo escapar á la influencia del romanticismo, y sus teorías puramente racionalistas en un principio, tanto que le llevaron á afirmar que el universo no era más que una unidad orgánica animada por la razón absoluta, fueron declinando en un misticismo hasta caer ó poco menos en las teorías más antiracionales, acabando por confesar la doctrina cristiana en toda su extensión, oponiendo la fe revelada á la razón y á la ciencia.

Pero precisa decirlo claro, y ya lo hemos apuntado, no fué Kant el hombre que presidió el desenvolvimiento filosófico de nuestro siglo. Kant fué su maestro, porque antes que él, la filosofía apenas si existía en Alemania: después de él existió en todas partes, porque Europa entera se hizo kantiana, pero la aparición de una nueva escuela más atenta á las necesidades del presente, menos patriota y menos humanitarista que la de Fichte y Schelling, vino á eclipsar las doctrinas de Kant, que no han renacido hasta mediados de siglo, esto es, hasta

cuando con el triunfo de la democracia, y la difusión de las ideas democráticas, se acabó con la influencia perniciosa del Hegel doctrinario, pues el Hegel liberal, el Hegel descartado de sus compromisos, de los que contrajo con el constitucionalismo gracias al papel brillante que le hizo representar exhibiéndole como su filósofo, continuó aún por mucho tiempo, dando fundamentos al liberalismo.

«El credo de Hegel,—1770-1831,—es el idealismo absoluto. Admite como tarea suprema de la razón la abolición de los contrastes de espíritu y sensualidad, inteligencia y naturaleza, yo y mundo, sujeto y objeto, en la unidad del sér que lo comprende todo, de lo «absoluto.» Pero este absoluto no es una unidad rígida y tranquilamente persistente, sino un proceso sin principio ni fin, un movimiento eternamente progresivo mediante el cual el pensamiento sustancial impersonal, infinito, incondicional, activo según sus propias leyes y formas, representa y realiza su contenido ideal en la forma de la vida exterior y de la existencia inmediata. La idea absoluta llegada de esta manera á comprenderse á sí misma ó sea la razón, es primero la idea abstracta puramente lógica; segundo la naturaleza; tercero el espíritu. Por consiguiente la filosofía se divide en lógica, filosofía natural y filosofía espiritual. El espíritu «es la idea que se ha recobrado,» el «pensamiento consciente de sí mismo.» Como tal revélase subjetivamente como conocimiento y voluntad, objetivamente como derecho moral y Estado, absolutamente como belleza, como arte que empieza con la arquitectura y al través de la escultura, pintura, música y danza alcanzó su perfección en la poesía, como religión, en la que se da la conciliación de lo finito con lo infinito, la unidad, de lo divino y de lo humano. Si después el espíritu rompe la forma de la idea religiosa, se convierte en «filosofía absoluta,» que es el pensamiento que se conoce á sí mismo como verdad entera que crea de sí todo el universo natural y espiritual.

»En sus explicaciones de la forma fenomenal objetiva del espíritu, Hegel acentúa solemnemente la santidad del matrimonio y de la familia, y se inclina á la concepción antigua del Estado, sacrificando el libre movimiento de la personalidad á la idea de la omnipotencia del Estado.

»Como forma de Estado prefiere á todas las demás la monarquía constitucional en la que el rey representa el puntito sobre la «i.» Con todo, las opiniones del «real filósofo oficial prusiano que no titubeó en defender las «Resoluciones de Karls-